

de Federico Tarántola
HISTORIAS DE TAMMERLANE
PRESENTA

KING KASTLE

hard zombies

CLINT

- CAPÍTULO TRES -



En la madrugada del 9 de Octubre de 1994, y en paralelo a que en el depósito de cigarrillos King Kastle de Tammerlane se estuvieran cargando los camiones con el tabaco de la nueva tanda, Clint Harry tuvo una pesadilla.

Apenas había cerrado los ojos por un instante, como descanso de otra noche de alcohol, cuando soñó con su muerte, la misma muerte que en ese momento viajaba en alguno de los camiones, distribuyéndola por todo el Pueblo.

En el corto sueño había un tren, y en los vagones viajaban los muertos: cadáveres putrefactos con los ojos bien blancos y abiertos. Al final de algún pasillo, junto a la ventanilla, el propio cadáver de Clint miraba el paisaje de la nada misma, y la luz tenía sabor a carne.

El médico Ron Harry estaba en el medio del pasillo del segundo piso del Hospital de Agudos de Tammerlane, cuando el enfermero y amigo personal Rich Matheson llegó hasta él de una corrida.

- Tenés que bajar a la morgue! Es urgente!

- No puedo. – respondió Ron. – Tengo que acompañarlo a Urgencias. – dijo refiriéndose al anciano que contenía con sus brazos, mientras éste continuaba con aquella extraña tos y escupiendo sangre.

Mientras tanto, todo el edificio era un completo caos: personal que iba y venía, gente gritando, otras tantas personas desesperadas, y la demencia de todos aquellos que habían asistido aquella mañana con el mismo cuadro de hemorragias.

Un reguero de sangre y coágulos bañaba de punta a punta el pasillo. Muchas de las personas afectadas habían comenzado a perecer, mientras que los restantes se debatían en un trance de sacudidas y dolor.

A unos pocos metros, un hombre que había caído rendido, se ponía de pie y se abalanzaba contra una mujer que lloraba acurrucada en un rincón.

- No tiene chances! Esto es una puta locura! Nadie lo va a poder atender! – insistió Rich.

- No voy a bajar!

- Es tu papá, Ron! Llegó a la morgue hace media hora!

Entonces Ron Harry volvió a sentir el mismo escozor que le corría cuando era pequeño. Pero esta vez trató de ser el hombre por que el alguna vez escapó para convertirse. Y tragó la bola de saliva e historial familiar, para preguntar con calma...

- Qué le pasó?

- Un tipo se lo llevó por delante con el auto. – comentó Rich, quitando la sábana que cubría el cuerpo de Clint.

Alrededor de ellos, la morgue, tan infestada de cuerpos como jamás había estado en toda la historia del Hospital.

- Y esto? – preguntó Ron, señalando las tres heridas de balas que florecían de la musculosa de su padre.

- Es lo que nadie se explica... - una pausa - ... Después que lo atropellaron, según dicen, se levantó del suelo como si nada y atacó al policía que se había acercado a socorrerlo.

Ron miró por un instante el vacío, pensó en el pasado, y luego volvió a tener el control. Retiró la sábana por completo y balbuceó...

- Imposible...

- Es lo que pienso. Jamás se pudo haber levantado con semejante golpe. – dijo Rich en referencia al gran hematoma en la cintura de Clint. – Pero que no te sorprenda que haya estado borracho como nunca.

Ron giró sobre sí mismo y tomó con furia el cuello de la camisa de su amigo.

- Qué mierda es lo que estás diciendo?! Desde cuándo un borracho tiene mayor resistencia a un atropello?! Mi papá estaba más cerca de la muerte que ningún otro alcohólico en Tammerlane! – y en el último grito se congeló.

Entonces, todo pareció tener sentido. Pero... era increíble.

Volvió sus ojos a los de su padre, repasó el rostro que había odiado y temido toda la vida, y entre los rasgos del viejo encontró las huellas de sangre que provenía de su boca y nariz. Enseguida asoció con lo que estaba sucediendo en todo el Hospital, y por que no en todo el Pueblo.

- Algo los está volviendo... locos... - dijo, recordando aquellas personas con shocks y hemorragias. – Es una plaga... una puta plaga...

Rich también lo comprendió. Aquella pesadilla no era para nada normal.

Mientras tanto, fuera de la morgue, se oían los gritos, golpes, cosas que se rompían...

- Dónde está el policía que lo trajo? – preguntó Ron.

- Hasta donde sé, estaba haciéndose atender. Tu papá alcanzó a morderlo y arañarlo... como si estuviera rabioso.

- Rabia! – se alarmó Ron, y retrocedió unos pasos, hasta detenerse contra otra camilla con un cadáver.

- Mierda! Hay que conseguir un arma! – dijo Rich – Conseguir una puta arma y parapetarse en algún lado! – miró a todos lados y pensó... - Un arma para matar a cada uno de estos hij... - y antes que pudiera referirse a la madre de todos los presentes, un muerto que descansaba sobre una de las camillas saltó sobre él.

Todo fue confuso: Rich rodó al piso con aquel hombre desnudo y ensangrentado aferrándolo al cuello, mientras que Ron retrocedió desesperado a donde fuera, topándose con una y otra camilla.

Rich extendió una mano al aire y pegó un grito ahogado. No fue muy extenso: casi al instante su garganta crujió y el atacante se inclinó para morder su mejilla.

Ron tropezó con una bandeja de instrumental y cayó de bruces al piso. Desde allí contempló con horror cómo el demente mascaba el trozo que había quitado del rostro del enfermero.

- Oh Dios!... Oh Dios!... Oh Dios!... – repitió Ron incesantemente. – Oh Dios!... Oh Dios!...

Y por un instante que pareció eterno, quedó a la deriva de lo que fuera a sucederle.

Pero el loco parecía no darle importancia: ahora se entretenía mordiendo otro trozo más de Rich.

Esa era su oportunidad!: levantarse y salir de ahí antes que lo notara. De todas formas, entendía que afuera no habría otra cosa más que muerte... y resurrección.

Dobló las piernas lentamente, se apoyó con las palmas en el piso y con un pequeño esfuerzo comenzó a ponerse de pie, muy lentamente.

Una vez erguido, observó detenidamente al atacante: parecía ido, perdido en otra dimensión donde lo único que importaba era la sabrosa carne de Rich.

Ron dio un paso. Otro. Muy suavemente comenzó a caminar entre el laberinto de camillas, bajo las penumbras de la morgue repleta de cuerpos. En cualquier momento, uno de ellos daría un sobresalto.

Tenía... debía llegar hasta la puerta de salida, y una vez fuera correr hasta que se le desgarraran los músculos de las piernas, correr tan lejos de toda aquella demencia, de aquellos “locos”, y esconderse en algún lado, “parapetarse con un arma”, como lo había planeado Rich.

Avanzó unos centímetros que parecieron kilómetros, se deslizó por el estrecho camino sin jamás quitar los ojos del tipo rabioso, y pasó junto a la camilla de su padre.

Antes que su cerebro pudiera negárselo, le entregó una última y profunda mirada. Ahí estaba el viejo, el Padre, el hombre de sus pesadillas, el alcohólico demente de los abusos, de los golpes, de los gritos. Ahí estaban ambos, frente a frente, tras años de no verse la cara, después que Ron

escapara no sólo a la violencia, sino al terror de algún día convertirse en un ser tan grotesco como él.

Entonces, Clint abrió los ojos.

- Oh Dios!... – alcanzó a decir Ron, y su mano fue presa de la mano que vivió huyendo (maldita metáfora)

Por más que hizo el intento de zafarse, el padre siempre había sido más fuerte, y el pánico lo pudo todo. Y Ron se rindió como un ciervo cara a cara con la bestia.

- Estás... muerto... - balbuceó Ron, sabiendo que no era así.

Clint no cedió ni por un instante. Presionó y se aferró como cada vez que atrapaba al niño para darle su castigo.

Y Ron cayó de rodillas ante él, rendido ante el cuento de nunca acabar: la historia de un padre que siempre estaría de vuelta para corromper la carne de su hijo.

Esta vez no sería a golpes, sino a dentelladas.

Y en el silencio de la morgue del Hospital de Agudos de Tammerlane, Clint se encargó de finalizar lo que había comenzado allá lejos en el tiempo: comer de Ron hasta dejar un despojo inservible del que nadie jamás volvió a reconocer.

FIN